



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## Cómo fue muerto Emiliano Zapata.—Algo de su vida y de su obra

### El Verdadero Revolucionario

Vestido de charro, pulera y elegantemente, con el típico traje suriano: chaqueta de gamuza bordada con finísimo hilo de oro, ajustado pantalón con pulida botonadura de plata que parecía terminar en las espuelas de sonar argentino; el rostro, de gesto grave a veces, otras sonriente, en el que se destacaban por encima del espeso y negro bigote y bajo el ancha ala del enorme sombrero los ojos negros también, de mirada escrutadora que desde luego dejaba adivinar toda la firmeza, toda la grandeza del alma del caudillo, y cabalgando el brioso **retinto** que parecía satisfecho de llevar sobre sus lomos a tan hábil jinete, así vimos a Emiliano Zapata, casi siempre, los que con él compartimos las vicisitudes de la larga campaña por él iniciada y por él sostenida en el Sur de la República.

La roja leyenda que alrededor de su personalidad había inventado la imaginación de los reporteros citadinos o la maledicencia de sus enemigos políticos quedaba destruída por completo después de oír breves momentos siquiera la frase energética, pero no áspera, que lentamente, perezosamente, iba brotando de los labios de Zapata y que hablaba casi siempre de su supremo ideal: la liberación de los suyos, de los pobres indios que, de generación

en generación, desde largos años ha habían vegetado como plantas de consumo, habían vivido como bestias de trabajo o servido como instrumentos de labranza a los poderosos latifundistas en las ricas haciendas del fértil y pródigo Morelos.

Como todos los hombres de aquella raza de parias él también había sentido sangrar sus espaldas a los azotes del capataz, había sufrido en su alma el dolor inenarrable de llegar al misérmino hogar agotado físicamente por la diaria brega absurda y compartir con los suyos la absoluta carencia de pan, la miseria extrema, porque el producto de su trabajo lo absorbía totalmente el agiotismo de la "tienda de raya."

Y él, como todos aquellos hombres que eran más esclavos que las bestias, no podía ni protestar contra esas y otras injusticias, porque si su voz se alzaba hasta las esferas del Gobierno éste permanecería indiferente y mudo, mientras que el señor dueño de vidas y haciendas lo echaría a la montaña a comer las legumbres silvestres, el pasto de los montes como los pobres animales a quienes inutilizaba la fatiga.

Y algo que llevaba en su corazón muy grande, algo que parecía trasmítido de los espíritus rebeldes de los surios legendarios sobrepujó a la apatía sumisa de su raza, pudo más que las fieras amenazas de caciques y autoridades y con el fusil libertario en la diestra y sin más esperanza que la fe en la justicia que asistía a su pueblo, caballero en su **retinto** brioso, se lanzó decidido a la revolución.

Zapata no fue un bandido ni un atávico salteador de caminos.

Comprendió, con clara intuición, que para salvar a sus hermanos de la triste situación en que se desesperaban era necesario y urgente ir a la guerra y a ella fue sin que le arredraran ni horrores ni peligros. Fue honrado: cuando vió que la revolución, en su primera etapa, sólo resolvería el aspecto político, que en nada beneficiaría a la clase proletaria, él protestó con energía y cuando no se le oyó, cuando no se le hizo caso, continuó al lado de los suyos sosteniendo sus demandas justísimas con las armas en la mano.

Pero no seré yo quien pretenda lograr en estas cortas líneas el retrato de Zapata, de ese hombre que tuvo en suspenso el juicio

consciente de los mexicanos durante su actuación revolucionaria y cuya obra es aún desconocida de la mayoría.

Hablaré tan sólo brevemente de su obra y de su muerte.

### **¿POR QUÉ CAYÓ ZAPATA?**

Uno de los acontecimientos que más contribuyó al desprecio de la administración carrancista fue, indudablemente, el asesinato de Emiliano Zapata perpetrado un año antes de que aquél se derrumbara.

Al recordar hoy la tragedia de Chinameca me limitaré a narrar los antecedentes y detalles de la cobarde celada que salpicó de fango los entorchados militares de Pablo González, factor intelectual del crimen.

¡Por qué inexorable ley del Destino, Zapata, ese hombre que no pudo ser bueno (en la acepción piadosa del vocablo), porque llevaba en sí el peso de todas las injusticias sufridas por los suyos, pudo caer bajo el golpe de la traición?

Esta pregunta venía a nuestra mente cuando todavía en la ofuscación propia del momento, no medíamos la magnitud de la tragedia; mientras aquí, en México, después de leer los reportazgos de los diarios metropolitanos, la sociedad, a su vez, se preguntaba:

¡Cómo Emiliano Zapata, de suyo astuto y desconfiado, pudo creer en las patrañas de Guajardo?

Efectivamente, Zapata era desconfiado; de sobra sabía que sus enemigos eran capaces de esgrimir para exterminarlo todas las armas de la infamia; los asesinatos colectivos de hombres indefensos, de ancianos, de mujeres y de niños, quienes no tenían mayor culpa que la de vivir en lugares controlados por el zapatismo, perpetrados con lujo de crueldad, con exceso de barbarie, daban cuenta exacta de lo que podían realizar en su encono, aquellos hombres que, obedeciendo las órdenes de Pablo González, no parecían mexicanos, ni parecían hombres.

Zapata sabía que Guajardo era uno de sus más acérrimos enemigos, uno de sus más tenaces perseguidores, de los más activos, valiente y audaz.

—¿Cómo entonces cayó en la red? —volveréis a preguntaros—. Para tratar de explicar este enigma, haré un poco de historia.

### **LA IDEA DE FRATERNIZACION DE LOS SURIANOS**

Desde 1915, cuando rotas ya las hostilidades entre las dos grandes facciones revolucionarias —convencionista y carrancista—, cada grupo hubo de tomar rumbo hacia sus antiguos centros de operaciones, en el Sur predominaba la idea de que, eliminado Carranza de la política nacional, los elementos sanos de la revolución volverían a unirse en completa comunión de ideales. Desde aquel entonces se pretendió destruir todo prejuicio de partidarismo y laborar sólo por el bien común; pero, la irrupción de las tropas de Pablo González al Estado de Morelos, haciendo cruenta guerra sin cuartel, devastando campos y poblados, cometiendo atropellos inauditos y crímenes indescriptibles, enfrió todos los entusiasmos, originando el aplazamiento de aquella noble idea.

Algún tiempo después, en 1917, cuando Pablo González regresaba a México, con sus soldados moribundos de paludismo y la calma renacia en el heroico Estado, el general Gildardo Magaña, a la sazón encargado del cuartel general, insistía de nuevo cerca del general Zapata sobre la conveniencia de iniciar un cordial acercamiento entre los hombres honrados de la Revolución, incluyendo, naturalmente, a los que militaban en las filas del carrancismo, y bien pronto Magaña, con la plena autorización de Zapata y en su representación oficial, efectuaba por medio de correspondencia y aun por delegaciones especiales, mutuo cambio de impresiones con prohombres del carrancismo y algunas conferencias que a la postre fracasaron, debido a la intransigencia sistemática del llamado gobierno de facto.

Pablo González, quien, no obstante su fracaso militar, deseaba volver a territorio morelense, alentado por las pingües ganancias obtenidas en su reciente campaña, creyó ver en este esfuerzo una demostración de debilidad del zapatismo y un hábil pretexto de los directores de éste para ganar tiempo, aplazando la nueva ofensiva que González anunciaba a diario, desde su cuartel de México.

Y ordenó entonces una actividad inusitada en las operaciones militares, llevando, como principal objetivo, apoderarse de Tlalti-

zapán, la pintoresca residencia del cuartel general de Zapata; cosa relativamente fácil de lograr, ya que ni contábamos con suficientes elementos para resistir prolongados ataques, atrincherados en las plazas, ni nunca fue empeño nuestro gastar esos elementos en inútiles resistencias. No obstante esto, hasta diez meses más tarde, las tropas de González ocuparon Tlaltizapán, Jojutla, Villa de Ayala, Jonacatepec y lugares intermedios entre estas poblaciones, estableciendo su cuartel general en Cuautla.

Guajardo tenía el de sus tropas en Chinameca y efectuaba frecuentes excursiones por los lugares mencionados.

### **EL PRIMER ARDID DEL MAQUIAVELISMO GONZALISTA**

A la sazón, en Tlayecac, punto situado en mitad del camino de Cuautla a Jonacatepec, estaba de destacamento un capitán de apellido Salgado, quien un buen día envió al general Zapata una carta en la que expresaba sus simpatías por el movimiento zapatista y espontáneamente ofrecía sus servicios y sus hombres. Era esto a mediados de 1918.

La discreta insistencia de Salgado logró que Zapata tomara en serio sus insinuaciones y que sus cartas obtuvieran una contestación prometedora de amplias garantías y de cordial recibimiento, entre los nuestros el día que se resolviera a abandonar aquellas filas del llamado gobierno en las que se había perdido —aseguraba el capitán— todo principio revolucionario. Salgado afirmaba que procedía de las huestes villistas y todo hacía creer que sus palabras eran sinceras.

¿Nació de este incidente la diabólica idea realizada meses después en Chinameca o desde entonces comenzó a desarrollarse el “plan especial” de Pablo González?

Afirmo lo segundo. Salgado retardó indefinidamente el momento de su defeción. Mientras, algunas mujeres que ocultaban bajo el velo de su ingenuidad lugareña, la lección aprendida en las oficinas de Pablo González, hacían llegar a los oídos de Zapata versiones que inclinaban a creer en un marcado disgusto entre los soldados carrancistas y su jefe principal. Guajardo suspendió sus excursiones y el maquiavelismo gonzalista llegó hasta utilizar en su

favor a algunos partidarios de Zapata, que por diversas circunstancias se hallaban en Cuautla y quienes, inconscientemente, sirvieron de instrumentos. Entre éstos, mencionaré a Eusebio Jáuregui, coronel de los nuestros, quien, tomado prisionero en un tiroteo verificado en las cercanías de Cuautla, fue llevado a la presencia de González, internado en la prisión y por último, alojado en el propio cuartel general y a quien con toda habilidad, hicieron creer en una próxima sublevación de Jesús Guajardo. Esta falta de sagacidad la pagó Jáuregui con su propia vida, pues el día del crimen de Chinameca, fue también asesinado en la cárcel de Cuautla.

### **LA OBRA UNIFICADORA DEL SUR**

Entre tanto, la idea de la unificación revolucionaria tomaba mayor incremento y de los más remotos campamentos nos llegaban cartas y adhesiones entusiastas.

Magaña, que en 1913 y 1914 había recorrido la República de Norte a Sur por campos revolucionarios y que contaba, por lo mismo, con valiosas relaciones entre los diversos grupos, intensificaba la propaganda con entusiasmos de ereyente y Zapata, compenetrado plenamente de la trascendencia de la obra emprendida, veía satisfecho el éxito obtenido y lleno de fe en lo que estimaba como triunfo definitivo de los principios, lanzaba en abril de 1918, justamente un año antes de su muerte, un manifiesto que era todo un llamamiento cordial a los hombres de buena voluntad, "a los luchadores de buena fe que, desengaños ya de Carranza y convencidos de su falsia, estén dispuestos a volver al campo de la lucha", y que esparcido por la República entera bien pronto fue calzado con las firmas de Villa, Cedillo, Caraveo, Panuncio Martínez y muchos jefes más de diversas regiones.

Aquí, por ser de estricta justicia, cabe hacer mención del coronel Eduardo Reyes, afiliado en las filas del Gobierno, retirado del servicio activo y quien, ardoroso revolucionario, se impuso esfuerzos y sacrificios arduos y penosos colaborando leal y desinteresadamente por la unificación; y para dar mejor idea del espíritu que animaba a los surianos séame permitido transcribir los siguientes conceptos contenidos en carta del general Magaña fechada

en las postrimerías de 1918: "Es evidente de toda evidencia que el triunfo de la revolución no es posible si en lugar de unir nuestro esfuerzo común contra la reacción malgastamos los revolucionarios, en pugnas y discordias intestinas, preciosas energías que deberían ser invertidas en la obra aún no realizada de la práctica cristalización de las promesas revolucionarias, tantas veces aplazada y jamás hasta aquí convertida en hechos palpables. Destruir esos motivos de división, cooperar a la obra unificadora que desde hace tiempo los surianos tenemos emprendida, es, pues, ayudar a la salvación del ideal revolucionario."

Y así aquella excitativa fraternal a la unión de los mexicanos lanzada con toda la buena fe que animaba al grupo que formaban Zapata, Magaña, Soto y Gama y un puñado de enamorados del ideal revolucionario, fue de campamento en campamento, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, desde los apartados rincones chiapanecos hasta llegar a la lejana Sonora en forma de expresiva carta firmada por Zapata y dirigida al general Obregón.

¿Este sano entusiasmo del caudillo suriano lo llevó hasta pensar en que la bellísima idea pro fraternidad revolucionaria tendría cabida franca en el cerebro de Jesús Guajardo?

Tal vez sí; Zapata tenía la hidalguía de los caballeros esclavos de su palabra empeñada; poseía la nobleza que da el valor.

Su corazón bien puesto, su corazón que nunca aceleró sus palpitations a la hora del peligro, ignoraba la ruindad y la bajeza del rufián.

Y jamás su mano, encallecida por la brega diaria en el campo fecundo, empuñó el arma del asesino.

Zapata no asesinó a nadie.

Amaba la lealtad y lealmente trató a Guajardo. Su error fue creerlo hombre de honor.

## **EL ASESINATO**

Corrian los postreros días de marzo.

Desde antes de la ocupación de Tlaltizapán por las tropas carrancistas el cuartel general había sido instalado en uno de tantos pueblecitos incrustados en las estribaciones del Popocate-

petl. Era jefe de él el general Gildardo Magaña y con éste colaborábamos Antonio y Conrado Díaz Soto y Gama, Angel Barrios, Francisco de la Torre, Rodolfo Magaña y algunos otros jefes y oficiales. El general Zapata, aprovechando la pasividad del enemigo, había ido a visitarnos. Algo como un vago presentimiento, como un natural temor por su vida, nos impulsaba a hacerle discretas y reiteradas insinuaciones para que dejara el mando personal de la campaña en Morelos; pero siempre su entusiasmo que había enardecido lo intenso de la lucha, encontró hábiles pretextos para contrariar nuestros deseos. Aquella su sincera fe en el triunfo, aquella confianza en su destino, aquella convicción serena y profundísima en la justicia que amparaba a su causa lo hacía desafiar a la muerte con serenidad absoluta en todos y cada uno de los encuentros con las fuerzas de González, siempre superiores en número y elementos.

Su afán por lograr la unificación perseguida con tesón de convencido no desmayó un solo instante.

“Carranza es el obstáculo —nos decía comentando la situación—; hay que escribirle una carta abierta para que la conozca el país entero; deslindar responsabilidades e invitarlo a que como mexicano coopere a la unión de los mexicanos.”

La carta se hizo y se envió. El propio día trágico fue publicada en México con todo valor civil por los periodistas Francisco Soto y el malogrado Agustín Arriola Valadés, a quien no arredraban los “viajes de rectificación”. Era una prueba palpable e irrefutable del hidalgo esfuerzo de Zapata contrastando con el egoísta proceder de Carranza.

El jefe partió de nuevo para Morelos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer; iba con mayores bríos a la lucha, con nuevos entusiasmos, como quien sabe que va a concluir una obra buena.

“Ahora sí puedo morir. Esto era lo que deseaba: que sepan por qué luchamos, que conozcan la causa que defendemos, que vengan hasta nosotros, nos vean, nos estudien y luego vayan y digan la verdad: que nosotros somos honrados y no bandidos”. Me decía sinceramente conmovido cuando le leí un artículo de William Gates, en el que el escritor americano relataba sus impresiones de reciente visita que nos hiciera y en el que afirmaba que “Zapata era el

único hombre capaz de establecer una administración honrada en México.”

Estábamos en los límites de Puebla y Morelos; en la convexidad del lomerío nuestras tropas ponían el abigarramiento de sus variadas vestiduras sobre el verde césped donde pacían los caballos. Zapata, de pie, erguido, dejaba vagar su mirada por el immenseo llano que circunda a Cuautla y que limita la serranía donde, por primera vez, repercutió el grito redentor de TIERRAS.

Y pensando tal vez que allá estaba su deber, acariciando la idea de encontrar lealtad en sus enemigos, ordenó la marcha y fue rectamente al sacrificio.

Los detalles culminantes de la tragedia los verá el paciente lector en el siguiente

#### **PARTE OFICIAL:**

Al margen: “Ejército Libertador. Secretaría Particular del ciudadano general en jefe.”—Al Centro: “Al C. general Gildardo Magaña.—Cuartel General.—Tengo la profunda pena de poner en el superior conocimiento de usted que hoy, como a la una y media de la tarde, fue asesinado el C. general en jefe, Emiliano Zapata, por tropas del llamado coronel Jesús M. Guajardo, quien con toda premeditación, alevosía y ventaja, consumó la cobarde acción en San Juan Chinameca.—Para que usted quede debidamente enterado del trágico suceso voy a relatar los siguientes detalles: Tal como se le comunicó a usted oportunamente, en virtud de haber llegado hasta nosotros informes sobre la existencia de hondos disgustos entre Pablo González y Jesús Guajardo, el C. general Zapata se dirigió a este último invitándolo a que se uniera al movimiento revolucionario. A esta carta contestó Guajardo manifestando estar dispuesto a colaborar al lado del jefe “siempre que se le dieran garantías suficientes a él y a sus soldados”. Con los mismos correos que pusieron esa carta en manos del jefe, éste contestó a Guajardo ofreciéndole toda clase de seguridades y felicitándolo por su actitud, “ya que lo juzgaba hombre de palabra y caballero y tenía confianza en que cumpliría al pie de la letra sus ofrecimientos”. Las negociaciones siguieron todavía en esa forma, es decir,

llevadas por correspondencia y de toda la documentación adjunto a usted copias debidamente autorizadas. El día dos del actual el ciudadano general en jefe dispuso que para arreglar definitivamente el asunto pasara al cuartel de Guajardo, en San Juan Chinameca, el C. coronel Feliciano Palacios, quien permaneció al lado de Guajardo hasta ayer, a las cuatro de la mañana, hora en que se nos incorporó y misma a la que, según nos dijo, marchaba Guajardo rumbo a Jonacatepec.

Aquí debo hacer mención de un hecho que hizo que el ciudadano general en jefe acabara de tener confianza en la "sinceridad" de Guajardo. Las versiones que circulaban en público asegurando que Guajardo estaba en tratos para rendirse al ciudadano general Zapata, se acentuaron a tal grado, que varios vecinos de algunos pueblos que en esos días visitamos, pidieron al ciudadano general en jefe, que fueran castigados los responsables de saqueos, violaciones, asesinatos y robos cometidos en dichos pueblos por gente de Victoriano Báreñas, a la sazón bajo las órdenes de Guajardo. En vista de esta justa petición, el ciudadano general Zapata se dirigió a Guajardo, por conducto de Palacios, pidiéndole hiciera la debida averiguación y procediera al castigo de los culpables. Guajardo, entonces, separó de entre los soldados de Báreñas, a cincuenta y nueve hombres, que eran al mando del "general" Margarito Ocampo y del "coronel" Guillermo López, todos los cuales fueron pasados por las armas, por órdenes expresas de Guajardo, en un lugar llamado "Maneornadero". Esto sucedió ayer. Guajardo se encontraba en Jonacatepec, plaza que dijo había capturado al enemigo. Al saberlo, nosotros nos dirigimos a Estación Pastor, y de allí, Palacios, por orden del jefe, escribió a Guajardo diciéndole que nos veríamos en Tepalcingo, lugar a donde iría el general Zapata con treinta hombres solamente, y recomendándole él hiciera otro tanto. El jefe mandó retirar su gente y con treinta hombres marchamos a Tepalcingo, donde esperamos a Guajardo. Este se presentó como a las cuatro de la tarde, pero no con treinta soldados, sino con seiscientos hombres de caballería y una ametralladora. Al llegar a Tepalcingo la columna, salimos a encontrarla. Allí nos vimos por primera vez con el que, al día siguiente, habría de ser el asesino de nuestro general en jefe, quien, con toda nobleza de alma, lo recibió

con los brazos abiertos: "Mi coronel Guajardo, lo felicito a usted sinceramente", le dijo sonriendo. A las 10 p. m. salimos de Tepalcingo rumbo a Chinameca, a donde llegó Guajardo con su columna, mientras que nosotros pernoctamos en "Agua de los Patos". Cerca de las ocho de la mañana bajamos a Chinameca. Ya allí, el jefe ordenó que su gente (ciento cincuenta hombres que se nos habían incorporado en Tepalcingo), formara en la plaza del lugar; mientras él, Guajardo, los generales Castrejón, Casales y Camaño, el coronel Palacios y el subscrito, nos dirigimos a lugar apartado para discutir planes de la futura campaña. Pocos momentos después empezaron a circular rumores de que el enemigo se aproximaba. El jefe ordenó que el coronel José Rodríguez (de su escolta), saliera con la gente a explorar rumbo a Santa Rita, cumpliéndose luego con esa orden. Después Guajardo dijo al jefe: "Es conveniente, mi general, que salga usted por "La Piedra Encimada"; yo iré por el llano. El jefe aprobó, y con treinta hombres salimos al punto indicado. Ya al marchar, Guajardo, que había ido a ordenar a su gente, regresó diciendo: "Mi general, usted ordena; ¿salgo con infantería o con caballería?" "El llano tiene muchos alambrados; salga usted con infantería", replicó el general Zapata, y nos retiramos. En "Piedra Encimada" exploramos el campo y viendo que por ningún lado se notaba movimiento del enemigo, regresamos a Chinameca. Eran las doce y media de la tarde, aproximadamente. El jefe había enviado al coronel Palacios a hablar con Guajardo, quien iba a hacer entrega de cinco mil cartuchos y llegando a Chinameca, inmediatamente preguntó por él. Se presentaron entonces el capitán Ignacio Castillo y un sargento y a nombre de Guajardo invitó Castillo al jefe para que pasara al interior de la hacienda, donde Guajardo estaba con Palacios "arreglando la cuestión del parque". Todavía departimos cerca de media hora con Castillo, y después de reiteradas invitaciones, el jefe accedió: "Vamos a ver al coronel; que vengan nada más diez hombres conmigo", ordenó. Y montando su caballo —un alazán que le obsequiara Guajardo el día anterior— se dirigió a la puerta de la hacienda. Lo seguimos diez, tal como él ordenara, quedando el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces

llamada de honor y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar ni las pistolas, los soldados que presentaban armas, descargaron dos veces sus fusiles, y nuestro general Zapata cayó para no levantarse más. Su fiel asistente, Agustín Cortés, moría al mismo tiempo. Palacios debe haber sido asesinado también, en el interior de la hacienda. La sorpresa fue terrible. Los soldados del traidor Guajardo, parapetados en las alturas, en el llano, en la barranca, en todas partes (cerca de mil hombres), descargaban sus fusiles sobre nosotros. Bien pronto la resistencia fue inútil; de un lado eramos un puñado de hombres consternados por la pérdida del jefe, y del otro, un millar de enemigos que aprovechaban nuestro natural desconcierto para batirnos encarnizadamente.... Así fue la tragedia. Así correspondió Guajardo, el alevoso, a la hidalguía de nuestro general en jefe. Así murió Emiliano Zapata, así mueren los valientes, los hombres de pundonor, cuando los enemigos para enfrentarse con ellos, recurren a la traición y al crimen. Como antes digo a usted, mi general, adjunto copias debidamente autorizadas de todos los documentos relativos. Y haciéndole presente mi honda y sincera condoleancia, por la que nunca será bien sentida muerte de nuestro ciudadano general en jefe, reitero a usted, mi general, las seguridades de mi subordinación y respeto.—Reforma, Libertad, Justicia y Ley.—Campamento revolucionario en “Sauces”, Estado de Morelos.—10 de abril de 1919.—El secretario particular, **mayor Salvador Reyes Avilés.**”

Así fue la tragedia.

Así murió Emiliano Zapata.

Así, allá en Chinameca, se abrieron las puertas de la inmortalidad para el caudillo suriano.

Y así, también en Chinameca, Jesús Guajardo, el imbécil instrumento de la Traición, arrojó la primera paletada de lodo sobre el hoy ya putrefacto cadáver político de Pablo González.

Pero el carrancismo, prevaricador de los principios revolucionarios, que exhibía ya ante el asombro de los hombres honrados todas las lacras, las llagas todas de su organismo corrompido, necesitaba celebrar aquella hazaña, glorificar aquel crimen, y en medio

del morboso delirio que produjo aquella embriaguez de sangre, Venustiano Carranza, desde su solio presidencial, exaltó "la meritaria acción" de Guajardo, concedió ascensos y honores a los protagonistas de la tragedia, y con dineros del pueblo, con cincuenta mil pesos de la nación, pagó los funerales del honor carrancista, que había presidido dignamente Pablo González.

### **LA MEMORIA INMARCESIBLE DEL CAUDILLO**

¡A qué narrar, punto por punto, las dolorosas impresiones de aquel día tremendo!

Zapata, el hombre, el amigo, el jefe, el caudillo, ¡había muerto!

Nos legaba su entusiasmo, su fe, su firmeza, su convicción envuelta en la serenidad de su valor, y recogimos amorosos la herencia.

Seguimos su ejemplo de estoicismo inigualable; su memoria, respetada por mil conceptos, nos dió más ardimientos para soportar la desigual pelea en que, a renglón seguido, nos empeñó el enemigo, momentáneamente victorioso por las armas del deshonor, y así, allá en los campos revolucionarios del Sur, supimos vindicar, hasta donde posible fue, la memoria del apóstol desaparecido.

Continuamos su labor unificadora, a pesar de todos los obstáculos. La indignación que el asesinato produjo aun entre los ciudadanos afiliados al gobierno, nos ratificó nuestros conceptos de antaño: todavía existían hombres honrados, revolucionarios dignos, dentro del mismo claudicante carrancismo.

¡Tenía razón Zapata!

¡Qué grande el hombre, el revolucionario, y qué grandiosa su obra incomprendida! Obra de libertad, de amor, de redención, de verdadero patriotismo; obra imperecedera, muy más que su memoria; tan perdurable como el recuerdo devoto y cariñoso con que día tras día, los proletarios de los campos surianos bendicen el nombre del caudillo.

Recuerdo que meses más tarde del infausto día de Chinameca, cuando después de haber designado a Gildardo Magaña, general en jefe del Ejército Libertador, regresábamos a nuestras posiciones en el Volcán, y hacíamos "vivac" en una de las legendarias sierras

de Morelos, un viejo "ranchero", uno de tantos a quienes había consumido la insaciable e insaciada explotación del hacendado, se llegó hasta nosotros y preguntó ansiosamente, como quien anhela recibir un mentís a la noticia inconcebible:

—¿En dónde está mi general don Emiliano....?

Y en vano fue que maldijéramos la hora maldita en que Guajardo realizó el "plan especial" de Pablo González, y en vano nuestro empeño en demostrarle la realidad.

Para él, Zapata no había muerto ni podía morir.

Porque para él, representativo de la raza indígena, oprimida y esclavizada durante cuatro siglos, Zapata era la esperanza viviente de su liberación.

Y es verdad: para los hombres de esa raza olvidada en los códigos y en los procedimientos de todos nuestros pasados gobiernos, el espíritu rebelde de Emiliano Zapata, el apóstol del agrarismo en México, perdurará como aliento vivificador de su justísimo anhelo de ser ciudadanos libres.



Gral. de División Alvaro Obregón